

Carta a los arquitectos del ser nacional

**Villagra Karen*



**“Nadie es capaz de matarte en mi alma”
— Carlos “Indio” Solari**

Una de las primeras cosas que te enseñan cuando estudias Ciencia Política es la importancia de construir un sentido de pertenencia en la población, de darle a un pueblo una identidad compartida. Algo que lo haga reconocerse a sí mismo en el otro. Ese ejercicio, que en los libros aparece como un problema de ingeniería institucional, en Argentina siempre fue (antes que nada) un problema cultural.

Porque hubo un tiempo en el que, sumidos en la oscuridad más profunda de nuestra historia reciente, tuvimos que reconstruirnos casi desde cero. Era difícil crear un sentido comunitario cuando tantas personas debían vivir en la clandestinidad, suprimiendo partes esenciales de lo que eran. El Estado no solo había dejado de proteger, **se había convertido en la amenaza**. Y entonces, con una lógica que sólo tiene sentido en este país, fueron los artistas quienes decidieron dar batalla a todo aquellos que dolía y oprimía. Sin armas, sin recursos, muchas veces sin nombre. Solo con lo que tenían.

La cultura fue la vía de escape del momento y la luz que guió al inmediato después.

CARTA A LOS ARQUITECTOS DEL SER NACIONAL

En el tumulto de los años setenta surgen y se consolidan algunas de las figuras que yo, personalmente, considero los grandes ídolos de esta nación. No exclusivamente por sus talentos (que son innegables), sino por el don que todos y cada uno de ellos tuvieron de hablarle al ciudadano de a pie, de representarlo, de mirarlo a los ojos sin condescendencia. El Diego, María Elena Walsh, Charly, la Negra Sosa, Leonardo Favio, el Indio.

Dice mucho, muchísimo, que a la gran mayoría de ellos los conozcamos de manera tan coloquial. Solo hace falta decir su nombre de pila para entender de quien hablamos. Eso es precisamente lo que diferencia al ídolo de alguien que es excepcionalmente bueno en su disciplina: la relación con las masas. La capacidad de convivir con el peso de ser un gigante y, al mismo tiempo, parecer tan mundano como cualquiera de nosotros. **Virtuosos y simplones. Únicos y corrientes. Ungidos y crucificados.** Hay algo profundamente argentino en esa tensión.

Estos artistas de la vida, maestros de lo suyo, forjaron al ser nacional que aún hoy perseguimos. Al argentino que resistió a través de sus obras, que le puso el cuerpo y el corazón para seguir empujando. Al que resurgió de tanta desdicha y, con esperanza, apostó por todo aquello que podría ser. Pero no nos engañemos: estos ídolos no eran ídolos de todos por igual, ni pretendían serlo. Cada uno de ellos le habló a un sector específico de ese país que sufría, y en ese gesto de representación estaba buena parte de su grandeza, y también la raíz de todo el odio que despertaban.

María Elena Walsh le dio voz a las mujeres que amaban a otras mujeres en una época en que eso no tenía ni nombre público. Maradona le devolvió la dignidad a los que venían de las villas, a los que el país oficial prefería no ver.



CARTA A LOS ARQUITECTOS DEL SER NACIONAL

Mercedes Sosa habló por la gente de campo, por las provincias olvidadas, por una Argentina profunda que Buenos Aires miraba con una mezcla de romanticismo y desprecio. El Indio Solari les habló a las juventudes rebeldes e idealistas, a los que no cabían en ningún molde, a los que se negaban a resignarse.

Darle voz a los excluidos siempre genera incomodidad en los que nunca lo fueron.

Un país necesita estructura: economía sólida, industrias, proyección de futuro. Pero un pueblo que carece de todo eso y además lucha para sobrevivir necesita (y merece) alegrías. Y hay algo que irrita profundamente a ciertos sectores cuando esa alegría es masiva, ruidosa, villera, queer, provincial, rebelde. Cuando no viene de donde ellos esperan. Cuando los que festejan son los de abajo.

Estos hombres y mujeres no solo crearon buenas obras o marcaron goles. Habilitaron a millones a volver a soñar. En el contexto latinoamericano de finales de los años setenta y comienzos de los ochenta, eso no era poca cosa. Que alguien te devuelva la esperanza cuando el Estado te la quitó sistemáticamente es, casi, un acto revolucionario.

Y ahora están muriendo.

Uno por uno, los arquitectos del ser nacional se nos van yendo. Y con cada muerte algo en este país se mueve de una manera que todavía no sabemos del todo nombrar. No es solo tristeza. Es algo más parecido al vértigo. La sensación de que se cierra una época, y de que la que viene todavía no tiene forma.



CARTA A LOS ARQUITECTOS DEL SER NACIONAL

La pregunta que me hago, y que le hago a quienes heredamos todo esto, es ¿qué hacemos con ese legado? Me pregunto si entendemos que esos ídolos no eran figuras de entretenimiento sino intérpretes de una identidad colectiva en construcción permanente. Si somos capaces de ver en ellos no solo nostalgia, sino una brújula.

La sensación que generan sus muertes, tan similar a cuando te sacan la silla mientras te estás sentando, no puede ser motivo de parálisis. Esta tarea nada sencilla que ellos empezaron (darle forma a un ser nacional que incluya a los que siempre sobran, que les hable a los de abajo, que no se rinda) no terminó con ellos. Nunca termina.

A los arquitectos del ser nacional: gracias. Con esta carta abierta no pretendo más que expresar gratitud y amor, y (tal vez muy pretenciosamente) prometer mi lucha por construir sobre las bases de lo heredado.

